

1860.-PARIS

Curación de una niña paralítica.

“Yo mismo he concido, refiere Monseñor de Segur(1), una niña pequeña que fué curada por el Santísimo Sacramento, el 20 de septiembre, de 1860, de una parálisis que la medicina había declarado no solamente incurable, sino mortal. La pobre niña, recibiendo en París lección de gimnasia, había caído sobre un gancho de fierro, que le había hecho una lesión en el cráneo y en las membranas del cerebro detrás de la oreja. La parálisis era completa, y los dolores tan agudos arrancaban gritos desgarradores á la pobre enfermita, y sus padres tuvieron que oír de boca de los médicos la fatal sentencia: “Vuestra hija va á morir!”

“La pequeña Dionisia de la C... no cesaba de pedir que la llevaran á hacer su primera comunión á un santuario que ella amaba. “Que me lleven allí, repetía, que me den hacer allí mi primera comunión, y quedaré curada.”

“Consintieron en ello para no contrariarla; pero el médico declaró que según toda probabilidad moriría en el camino; mas si no murió, sufrió un cruel martirio. Llegada al santuario querido, mas muerta que viva, recibió el Santísimo Cuerpo de Nuestro Se-

[1] *La Presencia real*, p. 94.

ñor; y allí, acto continuo se levantó y se arrojó, recobrando sin transición la vida y las fuerzas; y cuando volviendo á su casa se abrió la portezuela del carruaje, frente á la entrada del castillo, el pobre padre que no había podido acompañarla, faltó poco para que cayera al suelo, por la sorpresa, la alegría y felicidad, viendo á su hija lanzarse de un brinco y saltarle al cuello gritando: “Papá, estoy curada!”—Por él mismo he sabido todos estos detalles; y su hija no ha vuelto nunca á resentirse de la lesión orgánica que debía haberla hecha sucumbir.”

CAPITULO TERCERO.

Los castigos de la Comunión indigna.

Sumario: Hechos referidos por San Cipriano.
Castigo de un judío profanador en Pavía. —Comunión hecha después de una confesión sacrilega. —Córdoba, 1560.
El perdón de los enemigos. —Comuniones indignas súbitamente castigadas. —El comulgador orgulloso. Cambrai, 1616: Las Hostias ensangrentadas. Los dos estudiantes de Samur.

250-Hechos referidos por San Cipriano.

Si para el alma exenta de culpas graves, es la santa comunión fuente de inapreciables bienes, para aquellos que la reciben en pecado mortal, les trae la ruina, terribles castigos y hasta la muerte. Desgraciadamente hay ejemplos muy numerosos que lo testifican.
 I.—En tiempo de San Cipriano, obispo de

Cartago, un padre y una madre cristianos, abandonaron su casa para sustraerse á la persecución, y en el desorden de la fuga, dejaron una niña pequeña todavía en la cuna bajo el cuidado de la nodriza. Esta, temiendo ser inquietada por los paganos, llevó á la niña á los magistrados, los cuales le hicieron comer pan mojado en vino, restos de un sacrificio ofrecido á los ídolos. Algún tiempo después, volviendo la niña con su madre, esta la llevó al lugar en donde se hallaban reunidos los fieles para la participación de los santos Misterios; mas apenas había llegado, cuando no pudiendo soportar los cantos y las oraciones, comenzó á sollozar agitada por movimientos convulsivos como si la estuvieran torturando, declaró el abuso que habían cometido por ser ella de tan tierna edad, y las consecuencias que sufría por ello.

En esta época, los niños pequeños inocentes comulgaban al mismo tiempo que las personas grandes; así es que, terminando el sacrificio comenzó el diácono á distribuir el cáliz á los que estaban presentes; mas cuando llegó el turno á la niña, movida por un sentimiento secreto que la majestad divina le inspiraba, apartó la cabeza con espanto, apretando los labios y rechazando con todas sus fuerzas la Sangre adorable. El diácono solo vió en sus repugnancias un capricho pueril, insistió y consiguió hacerla tomar algunas gotas; mas ella las arrojó inmediatamente con fuertes vómitos y seguía sollozando.

La Santa Eucaristía, dice San Cipriano al referir este suceso, no pudo permanecer en un cuerpo y en una boca profanadas; la Sangre de Jesucristo no podía juntarse con un brevaje sacrilego. Por este solemne testimonio de su poder y de su majestad, hizo Dios que se descubriera lo que había pasado en secreto, y el crimen que había permanecido oculto no pudo escapar al conocimiento de los ministros del Señor.

II.—Mas si Dios procede de este modo respecto á una pobre niña demasiado pequeña para poder denunciar la profanación en la cual no había tenido sino una participación indirecta, ¿qué sucederá con aquellos que con todo conocimiento se hacen culpables de este atentado á la majestad del Sacramento, y vienen mal preparados á la santa Mesa? Los hechos siguientes referidos también por San Cipriano lo muestran claramente.

Una mujer de bastante edad y dueña de sus acciones, había comido voluntariamente de la carne ofrecida á los demonios; y después de este acto de idolatría consiguió deslizarse entre ellos y participó furtivamente de los santos Misterios. Había engañado á los hombres y creía engañar á Dios; mas la venganza divina no dejó impune por mucho tiempo su sacrilegio: el alimento sagrado que había recibido en la santa Mesa se cambió de repente en veneno mortal, que como fuego le devoró las entrañas. Después de retorcerse con horribles convulsiones, se enfure-

ció, se mordió la lengua, como para castigarla por haber profanado el Cuerpo divino, y procurando quitarse la vida, espiró al fin entre accesos de rabia y desesperación.

III.—En los tiempos de persecución, se permitía á los fieles llevar á sus casas la Santa Eucaristía para comulgar, á fin de fortalecerse por la manducación del sagrado Pan, contra los peligros que sin cesar les amenazaban. Ahora bien, habiendo tenido una mujer la temeridad de abrir con manos impuras el cofre donde se guardaba el Santísimo Sacramento, encontró la Hostia rodeada de llamas que le impidieron cogerla con las manos y consumir su sacrilegio.

IV.—Un hombre que se había manchado asistiendo á los sacrificios de los paganos, se atrevió á presentarse ante los otros fieles para recibir su parte de la Eucaristía y llevarla á su casa; más cuando quiso comerla, no encontró en su mano más que ceniza. Este ejemplo solo, añade San Cipriano, bastaría para demostrar que Dios se retirará del que le niega, que en vano se recibe esta prenda de la salvación, cuando se la recibe indignamente, y que en un corazón del cual se ha desterrado la gracia, el Sacramento de vida deja la ruina y la muerte.



SIGLO II. PAVIA.

Castigo de un judío profanador.

San Ciro, primer obispo de Pavía, celebraba un día la santa Misa en una iglesia que acababa de dedicar á los santos mártires Gervasio y Protasio. Entre la multitud devota de los fieles, se deslizó furtivamente un judío, que por instigación del demonio había formado el proyecto de recibir el Cuerpo del Señor para someterlo en seguida á indignas profanaciones; confundido en las filas de los cristianos, llega hasta el pontífice y recibe en sus labios la carne de Jesucristo; luego al volver á su lugar, quiere abrir la boca para sacar la sagrada Hostia; mas la vengauza divina le impide consumir su crimen; herido por un mal desconocido y no pudiendo pronunciar ni una palabra, comienza á dar gritos espantosos en medio de la multitud; trata de cerrar los labios, pero son vanos sus esfuerzos; fatigado por horribles convulsiones, quiere hablar, pero su lengua inmóvil no articula ninguna palabra, parecia que en la garganta tenía clavado un dardo de fuego causándole indecibles dolores; en toda la iglesia resonaban sus alaridos.

Entre tanto, los fieles, sorprendidos y atemorizádos primero, reconocieron luego un milagro y se alegraban de ver triunfar al Dios de quien nadie se burla nunca en vano. El obispo ordena que lleven al desgraciado á su presen-

cia: "Tú te has atrevido, le dice, á llevar á este punto la incredulidad y la perfidia? ¿Porqué has querido servir de ministro á los proyectos del infierno? Pensabas sin duda que el Cuerpo del Señor no era mas que un pedaso de pan y que sufriría con paciencia tus insultos; mas he aquí que la omnipotencia divina ha hecho visibles á la vista de todos, los horribles designios á que te ha impulsado el espíritu del mal."

El judío, presa de atroces tormentos, no cesaba de resistirse, dejando oír sonidos narticulados y gritos de desesperación. Entonces, los asistentes, mirándolo de mas cerca dentro de la boca, que una fuerza invencible mantenía entre abierta se dieron cuenta del prodigio: el Cuerpo del Señor, por un milagro manifesto, permanecía suspendido en la boca del judío, sin que la Hostia se pegase en la lengua, ni tocase al paladar; así la carne inmaculada de Cristo era preservada de todo contacto con esta carne indigna; mas su sola presencia redoblaba á cada instante las torturas del profanador.

En fin, á ruegos de los fieles, movidos de compasión por este miserable, extendió el obispo la mano y le sacó de la boca la Santa Eucaristía, diciendo al sacrílego: "Dios te hace gracia por ahora; mas en lo de adelante, guárdate de intentar otro crimen semejante." Al instante mismo quedó el judío libre de sus sufrimientos; se postró á los pies de San Ciro, y protesta que desde ese día en adelante creará en el Cristo Salvador; luego de que se le

de el bautismo, para formar parte de la asamblea de los cristianos. "Os doy gracias, Dios omnipotente, dice entonces el obispo, porque os habeis dignado corregir la perfidia de este judío, y ahora haceis de él un siervo fiel de vuestro Hijo único." El bautismo del neófito trajo la conversión de otros judios, que pronto fueron también regenerados en el agua santa; y así la astucia del demonio no tuvo otro resultado que hacer mas rápidos los progresos del Evangelio en la ciudad de Pavía. (1)

SIGLO XII. CLUNY.

Comuni6n hecha después de una confesi6n sacrílega.

Refiere Pedro el Venerable, que en un pueblo poco lejano de Cluny (2), había un joven que llevaba una vida de las mas escandalosas, y como muchos jóvenes, ay! lejos de avergonzarse de su conducta, hacía de ello un título de gloria; mas vino una enfermedad grave á interrumpir sus desórdenes, y en poco tiempo se vió á las puertas de la muerte. Llamaron entonces un sacerdote para que le oyera en confesi6n y le preparara á recibir el sagrado Viático.

El ministro del perd6n supo encontrar en su celo, elocuentes exhortaciones, que decidieron luego al moribundo á hacer la confesi6n de sus

[1] Paul Diacon. Vita SS. Syri et Juventii. cap. VIII.
[2] Petr. Clun. lib. de Miraculis.

culpas; terminada esta, creyó el sacerdote deber recomendarle que dejara toda vergüenza en este momento supremo, y nó callara voluntariamente ninguna falta; quería así persuadirlo que hablara de unos lazos criminales, por los cuales el joven libertino había escandalizado recientemente á todo el pueblo. El moribundo protestó, que lo que habían dicho de él respecto á esto, era falso, que eran simples sospechas que no tenían fundamento ninguno; y como el sacerdote que conocía demasiado la deplorable reputación de su penitente, insistía más: “Pues bien, exclamó el joven que el Cuerpo del Señor que me habeis traído para mi salvación, sea mi condenación, si es verdad que he cometido esta culpa.”

Asegurado por este juramento, le dió el sacerdote la absolución, le administró la sagrada comunión y se volvió al priorato. Mas tan pronto como la Hostia tocó sus labios, sintió el enfermo la garganta fuertemente cerrada por una fuerza secreta: él, que hacía poco podía tomar todavía con facilidad los alimentos sólidos, le es imposible ahora tragar el fragmento pequeño del Pan eucarístico; por largo rato hace esfuerzos sobre humanos, pero en vano; y al fin, desesperado arroja las santas Especies.

Llamaron apresuradamente al sacerdote, el cual creía encontrar al enfermo agonizante; mas se encontró con una escena aun mas conmovedora: el joven atormentado por los remordimientos y bañado en lágrimas, le dijo en pocas palabras, mostrándole la Hostia que yacía en el suelo, cómo el Dios del sacramento había respondido á su audaz desafío. Por una sincera confesión repa-

ró la desgracia que había tenido de querer ocultar su culpa ¡ay! demasiado cierta, bajo de una mentira obstinada; y tan vivo fué su arrepentimiento, tan profundo su dolor, que el sacerdote después de reconciliarle con Dios, no vaciló en darle otra vez la sagrada comunión, y esta vez pasó la Hostia, sin obstáculo ninguno; poco después el pecador arrepentido y perdonado, espi-raba en paz en los brazos del Dios de misericordia,

SIGLO XVI. Córdoba en España.

EL PERDON DE LAS OFENSAS.

Dios no quiere aceptar en el altar la ofrenda que se le hace de parte de aquellos que no se han reconciliado antes con sus hermanos á quienes han ofendido: *Vade prius reconciliari fratri tuo, et tunc veniens offeres munus tuum*(1). Mucho menos quiere dar su sagrado Cuerpo, al que alimenta en su corazón algún odio contra su prójimo.

Dos señores de Córdoba vivían en continua enemistad, con gran escándalo de toda la ciudad, que por sus odios estaba también dividida en dos partidos; Ni la autoridad de los príncipes, ni las admoniciones de los predicadores, ni las súplicas de sus parientes habían podido reconciliarlos. El mas obtinado de los dos, el más opuesto á la paz, fue atacado súbitamente de una gran enfermedad que le puso en peligro de muerte; reflexionan-

(1) Matth. V. 24.

do entonces seriamente, y repasando su vida escandalosa, manda inmediatamente al colegio de la Compañía de Jesús, á pedir un confesor que venga á administrarle el sacramento de la penitencia. Llega un padre sin tardanza, y antes de darle la absolución, le previene caritativamente que necesita reconciliarse sinceramente con su enemigo, puesto que su enemistad es causa de un escándalo público; y esto, bajo pena de no recibir los Sacramentos, y de ser privado de sepultura eclesiástica. El confesor habló con tal persuasión, que el penitente aseguró que si su enemigo estuviera presente, haría las paces con él: envíanle luego á buscar, y él acude con prontitud y de buen corazón cerca del lecho del moribundo. Después de haber cambiado los dos algunas palabras de recíproca benevolencia, testifican en presencia del confesor que deponen todo aborrecimiento y se reconcilian en perfecta amistad. Entonces el padre le da la absolución y va sin tardanza á llevar el sagrado Viático; apenas lo recibió el enfermo, cuando entró en agonía y á poco espiró. Los que rodeaban su lecho fúnebre, concibieron alguna esperanza de su salvación, y esta esperanza se fundaba en la confesión que había hecho, la absolución que le habían dado y la Eucaristía que había recibido.

Mas ¡ay! ¡cuán diferentes son los juicios de Dios de los juicios de los hombres! La noche que siguió á sus funerales, que se celebraron con gran pompa, dos jóvenes muy distinguidos, con una antorcha en la mano, vienen á llamar á la puerta del colegio de la compañía de Jesús, diciendo quieren hablar al confesor del difunto, con

motivo de cosas muy importantes. El confesor sale á oírles, y los dos jóvenes le suplican venga con ellos á la iglesia en donde fue sepultado el cadáver del señor: salen todos juntos, al llegar á la iglesia, uno de los dos jóvenes saca de su bolsa la llave para abrir la puerta, y el otro dice al padre: “Tened ánimo; id al altar mayor, tomad la custodia del divino Sacramento y venid en seguida con nosotros á ejecutar “una obra santa.”

¿Qué va á hacer el sacerdote á esa hora de la noche y en circunstancias tan estrañas? Llevando el Santísimo Sacramento en sus manos, y andando de trás de sus guías que le son desconocidas, el sacerdote mismo lo ignora. ¿Tal vez va á llevar el sagrado Viático á algún cristiano que está en peligro de muerte?

Los guías le conducen al sepulcro donde fué enterrado el gran personaje, y cuando llegaron le dijo uno de ellos: “El que descansa aquí, ha “recibido indignamente el Cuerpo del Señor, por “que no ha perdonado de corazón á su enemigo; “ha hecho una confesión sacrílega, sin dolor y sin “propósito de enmienda, pues no tuvo otro fin “que obtener la sepultura de su cuerpo en lugar “sagrado, sabiendo que si no daba señales de re- “conciliación, sería privado después de su muerte de las oraciones de la Iglesia. Todo en él fue “no más hipocresía, y esta hipocresía le ha pre- “cipitado en los suplicios eternos. Conviene sacar “de su boca la sagrada Hostia que recibió de “una manera tan indigna; está todavía intacta, pegada en su lengua mentirosa, pues no pudo tragarla.” Dijo, y con su mano manda al sepulcro que se abra; el cadáver se levanta, y abriendo

su boca sacrílega, deja ver la adorable Hostia, que el sacerdote coje con mano trémula y la coloca con respeto en el santo copón. En seguida, los mensajeros golpean con sus pies la tierra, el cadaver se hunde en el suelo con todo y su sepulcro, del cual no se encontró el día siguiente ninguna señal. Los jóvenes volvieron entonces á conducir al Padre al altar, y después que depositó el copón en el tabernáculo, le acompañaron hasta la puerta del colegio que se abrió por sí misma; y en el momento que el Padre pasaba el dintel, sus dos compañeros desaparecieron, dejándole convencido que no eran otros que dos ángeles venidos del cielo para tributar al adorable Sacramento el respeto debido. (1)

1616. Dulaca, Islas Filipinas.

Castigo de una comunión sacrílega.

Las *Cartas anuales* de la Compañía de Jesús en la iglesia XVII. refieren un hecho que tuvo lugar en 1605 en una ciudad de las Islas Filipinas llamada Dulaca. Un joven, dominado por una falsa vergüenza, no se atrevió á confesar sus pecados en el santo tribunal, y mejor quiso esponerse á los castigos de una comunión sacrílega, que reconciliarse con Dios

[1] P. Enriq. Engelgrave, S. J. *Lux Evangelica*, Dom. 2. post. Pen. tec. 2. 3. p. 179. Anvers, 1657. — Los escritores del siglo XVI y XVII. han referido muchos sucesos semejantes, principalmente en Magdebourg, en Gaeta, en Adria y en Dijon.

por una buena confesión. Fué pues á recibir la sagrada Eucaritía en pecado mortal, mas no se hizo esperar el castigo de su sacrilegio; pues al instante fue atacado de dolores agudos en todos sus miembros, que no le dejaban ningún descanso; reconociendo en estos atroces sufrimientos la venganza celestial, hizo todo esfuerzo por arrojar la adorable Hostia que acababa de recibir indignamente; y apenas la había arrojado de su boca cuando cesó el mal; “queriendo mejor nuestro divino Salvador ver su Cuerpo precioso é infinitamente santo en un lugar infecto que en un cuerpo manchado de crímenes.”

Algún tiempo después, volviendo á su vida libertina, volvió otra vez á comulgar sin haberse purificado por una digna confesión; mas de repente, se apoderó de su garganta un fuego devorador, quemándole de tal manera, que herido de esta llaga milagrosa se iba secando y consumiéndose rápidamente, á pesar del cuidado de los médicos que se declararon impotentes. Todavía así nó confesó que era culpable del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, sino que aun tuvo la audacia de acercarse de nuevo á la Santa Mesa, tan mal dispuesto como las primeras veces: mas Dios no quiso permitir un nuevo sacrilegio; precipitóse de repente un enjambre de avispas sobre la boca del desgraciado que tuvo que retirarse loco de dolor por los piquetes de estos insectos furiosos.

En fin, reconoció sus culpas é imploró su perdón haciendo una humilde y sincera confe-

sión, y desapareció toda señal de sus males, luego que recobró la gracia de Dios (1).

Florimond de Remond, antiguo magistrado en el Parlamento de Burdeos, dejó muchas obras de controversia en las que habla de los milagros sucedidos en su tiempo (2).

“Presentándose un joven entre todos los fieles para comulgar en la fiesta de Pascua, se acercó el sacerdote á ponerle la sagrada Hostia en la boca, mas nó pudo abrirla; y esforzándose en querer abrirla con la mano, más se cierra: El pobre joven levantándose de la santa Mesa con las lágrimas en los ojos, confiesa públicamente que se había acercado á comulgar sin acusar sus pecados. Esta historia es semejante á la que refiere Gregorio de Tours, de uno que había callado su pecado en el tribunal de la penitencia; y sucedió esto hace poco tiempo á la vista de multitud de gente en una ciudad á donde me había retirado cuando la peste hacía tantos estragos en la capital de la Guyena dejándola desolada.”

[1] Cf. Suplemento al *Menologio eucarístico*, p. 734.
[2] Florimond de Remond, *Historia del nacimiento de la heregia protestante*, lib. II, cap. XII. (1610)

1384. Seefeld, en el Tirol.

EL COMULGADOR ORGULLOSO.

En un árido y frío valle del Tirol, en medio de montañas cubiertas de bosques, se levanta el pueblo de Seefeld, dependiente del convento de los Cistercienses de Stams; y es notable por su iglesia dedicada á San Oswald y por su capilla de la Preciosa Sangre, que es el lugar de una peregrinación muy importante. El motivo que atrae así á los pueblos á esta soledad, se remonta á un milagro que tuvo lugar en el año de 1384, con la persona de Oswald Milsen, gobernador de la fortaleza de Sshlossberg, distante media legua de Seefeld (1).

Oswald, muy soberbio por su nacimiento y su gran fortuna, tenía un orgullo que sofocaba en él los mas nobles sentimientos: necesitaba alabanzas, honores y distinciones, siempre y en todas partes, aun en la casa de Dios. Sucedió que un día, era el Jueves Santo, tuvo la singular pretensión de hacer se le distinguiera hasta en la Santa Mesa; y para esto fue á ver al cura de la parroquia, diciendo que nó le parecía admisible que un gentil hombre de su rango, se acercase á comulgar en medio de las pobres gentes, sus vasallos, y comulgase de la misma manera que ellos; pedia pues, pasar primero, solo, y recibir, en

1. Georg. Ott. *Eucharistie-Buch*, p. 50. Bredenbach. *Collationes sacræ*, lib. 1, cap. 35. J. Gropper, *De veritate Corp. et Sang. Christi in Euch.* art. 4, cap. 16.

lugar de la Hostia pequeña que todos recibían, una Hostia grande como la del sacerdote. Como en el fondo, ninguna ley eclesiástica prescribe el tamaño preciso de la hostia para la comunión, y también por no contrariar á un hombre poderoso cuya cólera podia causar muchos males, le prometió el cura hacerlo como él quería.

A la hora que iba á comenzar la distribución del Pan de vida, Oswald, en gran traje de caballero, se levanta majestuosamente de su banco, precede á todo el mundo, y con el corazón hinchado de una satisfacción pueril, se acerca al altar; mas el Dios que resiste á los soberbios, y que en el misterio de la Eucaristía, da á los grandes tan profundas lecciones de humildad, esperaba al orgulloso; apenas había recibido en su lengua la Hostia grande que con tanta insolencia había reclamado, cuando á vista de todos los fieles se bambolea; quiere retirarse, mas á sus pies se ha abierto un precipicio en el cual va á caer; quiere asirse del altar, el mármol se ablanda como la cera al contacto de su mano, de suerte que cae en el abismo arrojando un grito de desesperación; ya estaba sumido la mitad del cuerpo, cuando al fin el vanidoso comulgador que no desconocia la causa de este trágico suceso, grita con todas sus fuerzas: "Misericordial" Dios quería solamente humillarle y no hacerlo perecer; así es, que el abismo se cierra, y la tierra vuelve á quedar sólida.

En cuanto á la Hostia, fue imposible á Oswald tragarla, había quedado intacta entre

sus labios y amenazaba sofocarlo; el sacerdote tuvo que recogerla y colocarla en un copón; mas aquí sucedió otra nueva maravilla, pues el pan consagrado apareció cubierto todo de gotitas de sangre de un color muy rojo.

Dios había permitido todos estos sucesos para manifestar cuánto horror tiene á la vanidad y al orgullo en la recepción de los Sacramentos, y enseñar á los fieles, que la virtud de la santa Eucaristía no consiste en la dimensión de la Hostia, sino únicamente en el poder infinito de Aquel que está oculto bajo las Especies sacramentales.

Oswald estaba enteramente cambiado; inclinándose bajo la mano que lo había tan misericordiosamente castigado, entró al convento de Stams, por la recomendación del obispo Federico de Brixen, para expiar allí su orgullo.

La esposa de Oswald, tan orgullosa como él, y que lo había alentado en su impío designio, recibió la noticia de estos estraños sucesos, cuando estaba cultivando unos rosales secos. "Mas bien creería, dijo al criado, que pueden brotar flores frescas de estas ramas muertas, que dar fe á lo que me refieres. "Y de repente los tallos reverdecen, y rosas magníficas embalsaman el aire con su perfume. Lejos de convencerse con este prodigio, la desgraciada arranca las rosas llena de ira, las pisotea; luego, atacada de súbito frenesí, se lanza dando alaridos al través de los bosques de la montaña en donde expira miserablemente.

Oswald Milsen, pasó los dos años que Dios le dejó de vida, en la práctica de la humildad

y penitencia, y según su deseo, fue enterrado á la entrada de la capilla del Santísimo Sacramento. Todavía se muestran en Seefeld, las señales estampadas de las manos y los pies del caballero presuntuoso; del manto que llevaba el Jueves Santo, se hizo un ornamento que se dió al convento de Stams. La santa Hostia manchada de sangre, y guardada primero en la iglesia de Seefeld, fué despues de doscientos años trasladada á la capilla de la Preciosa Sangre que el piadoso archiduque Fernando II mandó construir el año de 1575, y allí permanece con gran veneración.

1616. CAMBRAI.

La misericordia infinita triunfa del sacrilegio.

Una mujer de Cambrai, decendiente de padres católicos, tuvo la desgracia de entrar á servir á una familia de herejes; y se dejó seducir de tal manera por sus dogmas y costumbres impías, que después de tres años de vivir entre ellos, no tuvo temor de renegar de la verdadera fe y especialmente de la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. No obstante, aparecía como fiel á su antigua religión y se acercaba con frecuencia á la Santa Mesa; mas por instigación de sus amos, había adquirido la malvada costumbre de llevarse á su casa la sagrada Hostia que

recibía en la comunión; y ya la pisoteaba, ya cortaba en pedazos con las tijeras, ó la traspasaba con un cuchillo, y su rabia sacrilega no hallaba qué malos tratamientos inventar para ultrajar la divina Eucaristía.

Mucho tiempo permanecieron ocultas estas abominaciones; el Salvador las sufría con misericordiosa paciencia; mas al fin, quiso manifestar su poder; nó para vengarse, sino para inspirar horror al sacrilegio y corregir á la desgraciada mujer.

Un día, que se acercaba á la Santa Mesa, se lanzó hacia ella un animal monstruoso, un horrible perro, como para estorbarle el paso: vaciló un instante y comenzó á temblar; más la fuerza de la preocupación y el hábito de pecar disipando pronto este primer movimiento de temor, consumó su crimen; recibió la sagrada Hostia, la escondió en su pañuelo y se volvió á su casa. Mas he aquí, que al entrar por la puerta, un monstruo más horrible que el primero se avalanzó á su encuentro; esta vez se apoderó de ella tal espanto, que ya no se atrevía á estar sola ni un instante; no obstante, todavía no bastaba todo esto para triunfar de su malicia.

El día de Pentecostés del año de 1616, fue de nuevo á recibir la sagrada Comunión, volvió á llevar á su casa la Hostia consagrada y comenzó á vomitar las mas horribles blasfemias contra Jesucristo. "He aquí pues, clamaba, á este Dios de los católicos! cómo está mudo! Si hubiera aquí un Dios, ¿se dejaría tratar de esta manera?..."

Y partiendo la Hostia en dos pedazos, aplastó uno con los pies, y el otro lo traspasó con un clavo. Entonces el Salvador, impasible en su bondad por tanto tiempo, quiso revelarse al fin, y torrentes de sangre brotaron de la Hostia traspazada; al mismo tiempo por un milagro de la clemencia divina, esta sangre curó el corazón de la miserable: la vista de esta maravilla le causó tal espanto que cayó medio muerta, quedando después con una grave y larga enfermedad; cuando se levantó de su lecho de sufrimiento, su alma estaba ya cambiada.

Ni las promesas, ni las amenazas ni los golpes, pudieron obligarla á que renovara sus atentados contra el augusto Sacramento; no tardó en dejar la casa maldita causa de todas sus desgracias, y procuró con las prácticas de la mas sincera piedad expiar todos sus crímenes (1).

1631. SAUMUR.

Los jóvenes profanadores.

La noche de Navidad del año de 1631, dos jóvenes estudiantes de Saumur después de haber pasado las primeras horas en el desorden, se encaminaron á Nuestra Señora de los Ardi-lliers, al tiempo que se celebraba allí solem-

[1]. Jac. Hautin, S. J., Sacramentum amoris Eucharistia, p. 430.

ne la misa de media noche. A la hora de la comunión, tuvieron la audacia sacrílega de presentarse al banquete de los escogidos, entre los piadosos fieles, olvidando que las cosas santas son para los santos.

De vuelta á la casa en donde se habian entregado á la orgía, quieren proferir blasfemias contra la Eucaristía que acaban de recibir tan indignamente, cuando de repente son heridos por la mano de Dios; caen al suelo retorciéndose con espantosas convulsiones y dando gritos horribles; mas á poco, confiesan con lágrimas el sacrilegio de que se han hecho culpables.

No obstante, pasaron tres días y tres noches en medio de tormentos espantosos, sin poder tomar ningún remedio humano; y al fin, el tercer día, la sagrada Hostia, sin alteración alguna, aunque habia permanecido tan largo tiempo en la boca de estos miserables salió por sí misma y vino á colocarse sobre un plato de plata que tenia el sacerdote en las manos.

La Corte de justicia castigó severamente á los dos estudiantes, condenándolos á destierro perpetuo de la ciudad de Saumur, y á una multa bastante fuerte. La sentencia del parlamento de París quedó gravada en una placa de bronce que se fijó en lugar donde se habia cometido el sacrilegio, y se encendía una lámpara de plata en reparación del ultraje hecho al divino Sacramento.